



QUINTO SANTUARIO

LA LIBERTAD DEL CORAZÓN

De la primera carta de san Pablo Apóstol a los Corintios (9,16-23)

Si anuncio el Evangelio, no lo hago para gloriarme: al contrario, es para mí una necesidad imperiosa. ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio! Si yo realizara esta tarea por iniciativa propia, merecería ser recompensado, pero si lo hago por necesidad, quiere decir que se me ha confiado una misión. ¿Cuál es entonces mi recompensa? Predicar gratuitamente la Buena Noticia, renunciando al derecho que esa Buena Noticia me confiere.

En efecto, siendo libre, me hice esclavo de todos, para ganar al mayor número posible. Me hice judío con los judíos para ganar a los judíos; me sometí a la Ley, con los que están sometidos a ella –aunque yo no lo estoy– a fin de ganar a los que están sometidos a la Ley. Y con los que no están sometidos a la Ley, yo, que no vivo al margen de la Ley de Dios –porque estoy sometido a la Ley de Cristo– me hice como uno de ellos, a fin de ganar a los que no están sometidos a la Ley. Y me hice débil con los débiles, para ganar a los débiles. Me hice todo para todos, para ganar por lo menos a algunos, a cualquier precio. Y todo esto, por amor a la Buena Noticia, a fin de poder participar de sus bienes.

Pablo habla de la necesidad de anunciar el Evangelio. El término empleado por el Apóstol para indicar su misión es *anagkē* (destino): la evangelización es un «destino» en el sentido que es el corazón del proyecto de Dios para la humanidad. Es el camino elegido por Dios para salvar al hombre, llamándolo de la muerte a la vida a través del misterio pascual de Jesucristo.

En esta lógica de "servicio" se recuerda la indicación dada a los Corintios sobre cómo comportarse en el caso de las carnes inmoladas a los Ídolos, de las que nos había hablado en el capítulo anterior (cf. 1Cor 8). La pregunta sobre cómo enfrentarse a una serie de tradiciones mutiladas por el Antiguo Testamento vuelve constantemente. El Apóstol indica dos principios en los que deben inspirarse los creyentes. Ante todo, la «libertad» de elegir y actuar según el estilo del Evangelio. Estrechamente ligada a la libertad está la «caridad», que constituye el fundamento de toda la ley. Sobre el binomio *libertad - caridad* se construye la comunión fraterna que supera todo particularismo, toda contraposición (fuertes/débiles) y permite encarnar el dinamismo del Evangelio.

El auto-testimonio de Pablo es elocuente. En su experiencia afirma haber cambiado de perspectiva: de los vínculos normativos de la Ley mosaica al universalismo del Evangelio. Por esta razón él es «todo para el Evangelio», en el sentido . que el dinamismo espiritual que le ha permitido encontrar a Jesucristo es el mismo dinamismo que le permite ser todo para todos. La espléndida definición del versículo 23 resume el estilo y el método de la evangelización: él es «partícipe del mensaje salvífico que el Señor le ha confiado» (cf. Hch 9,15). De la «medida» de los preceptos judíos, ¡pasó a una predicación «sin medida» de Cristo crucificado y resucitado! La misión cristiana es el camino por el cual el Apóstol encuentra a cada hombre... experimentando cómo el don de la caridad se concreta en el «sí» a Cristo.

El mensaje de la salvación es tan central en la predicación de Pablo, que supera todos los límites provenientes de las diferentes interpretaciones y observancias de la ley; es un mensaje de profunda libertad porque no solo es anunciado a cada hombre y mujer, sino porque él siente la urgencia de compartirlo con todos, fuertes o débiles.



ESPIRITUALIDAD

De la carta de Padre Pío a Raffaelina Cerase (Epist. II, p 226)

Sí, el cristiano en el bautismo resucita en Jesús, es elevado a una vida sobrenatural, adquiere la hermosa esperanza de sentarse glorioso en el trono celestial. ¡Qué dignidad! Su vocación le exige desear continuamente la patria de los bienaventurados, considerarse como peregrino en tierra de destierro; la vocación del cristiano, digo, exige no poner el corazón en las cosas de este mundo terrenal; toda la preocupación, todo el esfuerzo del buen cristiano, que vive según su vocación, está dirigido a procurarse los bienes eternos; debe conseguir un modo de enjuiciar las cosas de aquí abajo como para estimar y apreciar sólo aquellas que le ayudan a alcanzar los bienes eternos, y tener, además, por viles todas aquellas que no le sirven para ese fin.

Padre Pío propone la virtud de la esperanza como motor que impulsa a desear alcanzar la salvación. Basándose en la doctrina tradicional, según la cual la esperanza es una virtud teologal, describe las modalidades con las cuales se adquiere: el cristiano que recibe el bautismo está conectado a la resurrección de Jesús y - por lo tanto - a una vida nueva, sobrenatural; es en esa vida que adquiere la virtud de la esperanza que consiste principalmente en el deseo de «sentarse glorioso sobre el trono celestial».

La esperanza de salvación

Para san Pablo la ley de Dios es una guía (la llama "pedagogo"), la alianza un medio para que el pueblo judío se identifique como pueblo de Dios a través de un camino de comunión. No es posible, según él, vivir la libertad de una manera que podríamos definir "sindical": «observo la ley y archivo la práctica de Dios»; «me informo hasta dónde puedo actuar antes de cometer pecado y luego vivo mi vida y Dios está allí para mirar». La cosa peor es condenada por Jesús en el Evangelio: «Me salvo por el simple hecho de que nazco en el pueblo de Dios».

La salvación es algo más, compromete nuestra manera de pensar a Dios y de cultivar continuamente una relación de amor con Él; la salvación se debe esperar cada día.

Un profesor de matemática se presentó ante el Padre Pío, con un discurso muy similar al del joven rico del evangelio (cf. Mt, 19,20): «Padre, yo y mis familiares no solo guardamos todos los mandamientos de la ley de Dios, sino también los preceptos de la Iglesia, la obligación de la misa festiva». La respuesta de Padre Pío: «¡Ah, sí! ¡Y no os atrevéis a hacer más cosas! ¡Dios os libre! No me sorprende, porque os conozco bien: siempre y solo lo estrictamente necesario para permanecer dentro de los límites de la ley. Guardad los excesos en las buenas obras, de lo contrario podríais enfermaros del corazón o de los nervios». La libertad del Evangelio es libertad del corazón, de querer medir lo que debemos dar a Dios. La libertad es dar espacio al movimiento de la fe, evitando cristalizarnos en la certeza de que lo que hacemos es suficiente; libertad es saber aceptar al otro como nuevo don del Espíritu no como quien ha venido a quitarnos algo.

«La quietud está reservada al cielo, - escribe el Padre Pío - donde nos espera la palma de la victoria. En la tierra siempre hay que luchar entre la esperanza y el temor, pero con el pacto de que la esperanza sea cada vez más fuerte, teniendo siempre presente la omnipotencia de quien nos socorre. No te canses, pues, de trabajar con constancia, con confianza y resignación para tu enmienda y perfección» (Epist. III).

Cultivar la virtud de la esperanza



GRUPOS DE ORACIÓN DE PADRE PÍO
«Jesús, aquí está mi esperanza, aquí está la viva fuente de mi felicidad»
Los Grupos de Oración de Padre Pío peregrinos de esperanza

El Papa Francisco nos invita a hacer del Jubileo el año de la esperanza: «... todos, en realidad, tienen necesidad de recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gn 1,26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.» (*Spes non confundit*, n. 9). En sí misma, la esperanza puede ser simplemente un elemento de nuestro carácter: muchas veces decimos que hay personas que logran «ver el vaso siempre medio lleno», es decir, siempre consiguen encontrar una razón de esperanza. En realidad, sin embargo, la esperanza no es solo algo instintivo, decimos que es una virtud que nos es dada por el Espíritu Santo, de hecho, lo llamamos virtud teologal.

Benedicto XVI la describe como una virtud performativa, es decir, capaz de «producir hechos y cambiar la vida». Tratamos, a través de sus palabras, de entender cuáles son "los hechos" que brotan de la esperanza.

«La redención - escribe Benedicto XVI - nos es ofrecida en el sentido que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, en virtud por la cual nosotros podemos afrontar nuestro presente: el presente, también un presente fatigoso, puede ser vivido y aceptado si conduce hacia una meta y si de esta meta podemos estar seguros, si esta meta es tan grande como para justificar la fatiga del camino».

Fruto de la libertad del corazón que nos hace superar "la medida" respecto a Dios, está esa libertad en la existencia, que ayuda a mirar el presente de una manera nueva, si estamos animados por una esperanza que lo ilumina. Una vez más reafirmamos que si es legítimo esperar el milagro, no se puede reducir la espera de la intervención de Dios a esto. La esperanza cristiana nos ayuda a comprender el sentido de la cruz. A este respecto, el Padre Pío era extremadamente exigente. Cuenta el padre Pellegrino: «En estos días he visto llorar a Pasqualina Vona y le he preguntado el motivo. Me ha contestado que no ha recibido la absolución de él, solo porque se ha lamentado un poco de las cruces recibidas del Dios». La respuesta del padre Pellegrino es elocuente: «¡Esto me parece un poco demasiado!». De hecho, habla con el Padre Pío, que por el secreto de la confesión, no quiso entrar obviamente en la cuestión específica. Pero explica el sentido de esa pedagogía tan dura: «Lo feo sería sufrir sin Jesús». Ese método (que él mismo decía no imitar) tan exigente, daba el verdadero sentido de la esperanza: percibir la presencia de Jesús junto a nosotros, en la esperanza de vivir eternamente con él.

Cireneas de la esperanza

Después de esta reflexión genérica, sin embargo, el Padre Pío añade una nota de carácter autobiográfico: «Y si luego no pido un poco de ayuda a estas personas, ¿a quién debo pedirlo?» A algunas hijas espirituales, entre las más cercanas a él, el Padre Pío les preguntaba: «Ayudad todos a este Cireneo que lleva la cruz de todos» (*Dolcissimo Iddio Epist. M p. 191*). «Me recomiendas mucho a Jesús y ayuda a este Cireneo que lleva la cruz por todos» (*Epist. III p. 779*).

Carlo Campanini a menudo reportaba un arrebato del Padre Pío: «Todos me piden que le quite la cruz, casi nadie me pide que le ayude a llevarla». Este discurso vuelve a menudo en la dirección espiritual de Padre Pío. Se siente llamado a dar una esperanza diferente a las personas que encuentra, a menudo recurren a él para resolver sus problemas inmediatos y en cambio encuentran a alguien que los abre a los horizontes de la eternidad. Todo esto no lo hace solo con una palabra de aliento o con algún reproche más: la libertad del corazón de Padre Pío lo impulsa a ofrecer cada vez sus sacrificios junto con los de Cristo para la salvación de estas almas. A las personas que él dirige y considera capaces de hacerlo, les pide este don total de su libertad: abrir el corazón, con sus cruces y sus sufrimientos, al servicio del reino de Dios.



ORACIÓN DE JUAN PABLO II A SAN PÍO

Humilde y amado Padre Pío,
enseñanos también a nosotros, te lo pedimos,
la humildad de corazón, para ser considerados
entre los pequeños del Evangelio,
a los que el Padre prometió revelar
los misterios de su Reino.
Ayúdanos a orar sin cansarnos jamás,
con la certeza de que Dios conoce
de lo que necesitamos,
antes de que se lo pidamos.
Alcánzanos una mirada de fe
capaz de reconocer prontamente
en los pobres y en los que sufren
el rostro mismo de Jesús.
Sosténnos en la hora
de la lucha y de la prueba y,
si caemos, haz que experimentemos
la alegría del sacramento del Perdón.
Transmítenos tu tierna devoción a María,
Madre de Jesús y Madre nuestra.
Acompáñanos en la peregrinación terrena
hacia la patria feliz,
a donde esperamos llegar también nosotros
para contemplar eternamente la gloria
del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

CANCIÓN